

LAUREANO BENÍTEZ GRANDE-CABALLERO

CUENTOS CRISTIANOS  
Una fuente de espiritualidad

---

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO – 2010

# ÍNDICE

---

PRESENTACIÓN . . . . .	9
INTRODUCCIÓN . . . . .	11
1. LOS POBRES DE ESPÍRITU . . . . .	21
2. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS . . . . .	41
3. ESPEJO DE VIRTUDES . . . . .	59
4. EL CAMINO DEL MEDIO . . . . .	83
5. ORACIONES Y MILAGROS . . . . .	97
6. LA VOLUNTAD DE DIOS . . . . .	119
7. BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN . . . . .	137
8. LOS HACEDORES DE BIEN . . . . .	161
9. EN EL PARAÍSO . . . . .	199
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	213
ÍNDICE TEMÁTICO . . . . .	217

## PRESENTACIÓN

---

*Dos famosos predicadores aparecieron el mismo día en un pueblo para pronunciar sus respectivos sermones, atrayendo cada uno de ellos una considerable audiencia.*

*Mientras que uno de ellos estaba tratando de serios asuntos de índole teológica, las enseñanzas del otro se componían principalmente de cuentos y parábolas. Así, no pasó mucho tiempo hasta que toda la gente que se había congregado para escuchar al más erudito se pasara con la multitud reunida para escuchar los maravillosos cuentos del otro predicador.*

*Comprensiblemente, el erudito se quedó un tanto decepcionado cuando vio que se había quedado con nada más que unos cuantos oyentes. Cuando se quejó ante el otro de su fracaso, éste le dijo:*

*—Te voy a contar un cuento. En cierta ocasión, dos mercaderes llegaron a un pueblo para vender sus mercancías. Uno de ellos vendía piedras preciosas y el otro vendía bisutería barata. Al principio, la gente del pueblo se reunió alrededor del comerciante que traía las mercancías más caras. Como es natural, tenían curiosidad por ver de cerca las finas gemas. Pero, cuando llegó el momento de comprar y no sólo de mirar, acudieron en masa al mercader de la bisutería, y fue con él con quien se gastaron su dinero.*

## INTRODUCCIÓN

---

*Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba; para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: «Abriré en parábolas mi boca; declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo».*

(Mt 13, 34-35)

*Con muchas parábolas como éstas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. Y sin parábolas no les hablaba, aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo.*

(Mc 4, 33-34)

“Érase una vez”... “Había una vez”... “Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar no muy lejano”... Pocos textos tienen tan elevado poder de sugestión sobre el ser humano como los breves relatos a los que llamamos cuentos o parábolas. No importa la edad, ni la condición social, ni el tiempo, ni la cultura: al escuchar o leer las palabras casi mágicas de “Érase una vez”... todos nos sentimos subyugados por la apertura de un mundo mágico, fantástico, legendario y misterioso, que cautiva nuestra atención y nuestra imaginación, que nos arranca de la monotonía cotidiana y nos abre las puertas de un mundo donde todo es posible.

Por muy lejano que sea el escenario de la historia, por muy fantástica que sea, por muy perdida que esté en los recovecos del tiempo, al entrar en un cuento siempre nos parece que la historia es posible, que nos puede suceder a nosotros aquí, ahora mismo, a la vuelta de la esquina; que, de algún modo, somos nosotros los protagonistas del relato; que éste sucede cerca, muy cerca en el espacio y en el tiempo. De ahí que los cuentos siempre parezcan actuales, que siempre satisfagan nuestra curiosidad, nuestra necesidad de fantasía, nuestra búsqueda de algo distinto y maravilloso.

Esta dimensión “mágica” de satisfacer y estimular nuestra imaginación y nuestra fantasía –cualidades de las que andamos necesitados en un mundo cada vez más materialista y tecnificado– constituye el primer nivel de lectura de los cuentos. Pero esta dimensión no agota, ni mucho menos, sus potencialidades, pues la característica esencial de los cuentos es la multiplicidad de niveles a los que pueden entenderse, hasta el punto de que su propiedad más exclusiva es su enorme capacidad para adaptarse perfectamente a los distintos niveles de desarrollo y a los diversos puntos de vista de los lectores, de tal modo que cada uno interpretará las historias de acuerdo con su capacidad de entender y sus necesidades e intereses.

El segundo nivel de lectura es el que podríamos llamar “lúdico”, pues los cuentos –al igual que todo relato– nos proporcionan personajes, situaciones e intrigas argumentales que satisfacen nuestra necesidad de evasión. Uno de los objetivos de todo cuento es –por encima incluso de su intencionalidad de transmitir unos mensajes–, entretener, divertir, por lo cual suelen usar el humor como recurso pedagógico: enseñan, sí, pero

deleitando, para que la enseñanza sea más fácilmente digerida, para que entre “sin chirriar”, para que la comicidad de las situaciones que narran haga caer nuestras barreras mentales sin esfuerzo. Es más fácil aceptar y comprender una verdad cuando ésta se expone en forma de historia cautivadora y entretenida, pues el placer que ocasiona su lectura o su audición derriba nuestras barreras, nuestras resistencias y nuestros condicionamientos.

El tercer nivel sería el que podríamos calificar de ético, el cual se refiere ya directamente a la intención que tienen casi todos los cuentos de transmitir una enseñanza moral, de proponer unas conductas éticas. La intriga argumental consiste, desde este punto de vista, en la escenificación de unos valores morales determinados, que se ejemplifican e ilustran con personajes y situaciones que adquieren verdadero carácter de alegoría, de parábola en la cual se muestran las desafortunadas consecuencias de una conducta equivocada, o la recompensa que sigue a una acción correcta.

La trama argumental contiene un mensaje ético, la llamada “moraleja”, que hay que deducir intuitivamente al terminar el relato. Esta intencionalidad moralizante está en el origen de la mayoría de los cuentos populares que han llegado hasta nosotros, usados precisamente para transmitir valores morales “perennes” a todo tipo de públicos, pues la verdad ética y teológica penetra en nuestras conciencias más fácilmente si va ejemplificada e ilustrada con historias sencillas y atractivas que satisfagan nuestra necesidad de fantasía, de imaginación y de diversión, utilizando un lenguaje simbólico que apunta a nuestro nivel intuitivo, que si se presenta de manera teórica, con el lenguaje discursivo propio de la abstracción.

Por último, traspasado el umbral de la ética, accedemos a la última dimensión desde la que es posible interpretar un cuento: la “simbólica”. También podríamos calificarla como “espiritual”.

De todos es sabido que las tradiciones espirituales han usado siempre el cuento para transmitir sus enseñanzas, con una intención muy precisa: trascender la mente lógica y reflexiva, el pensamiento lineal y discursivo que divide, analiza y clasifica. Según las tradiciones orientales, en esto consiste la esencia del proceso de “despertar” que nos lleva a la iluminación, el cual sólo es posible a través de la intuición, usando esa mirada global que capta la esencia intuitivamente.

Precisamente a la intuición apuntan la mayoría de los cuentos, los cuales, o se captan intuitivamente, o se pierde su mensaje, no siendo posible comprenderlos pensando, reflexionando, diseccionándolos en partes como operaría el método científico de la mente discursiva. Al trascender esta dimensión de la mente, la verdad llega directamente al corazón, saltándose las barreras y filtros mentales que distorsionarían su verdad. Por esta razón, los maestros espirituales han usado siempre los cuentos como una herramienta básica de su magisterio a la hora de “iniciar” en el conocimiento interior a sus discípulos.

Es un hecho comprobado que la gran mayoría de las verdades metafísicas, éticas, filosóficas y teológicas no pueden ser explicadas claramente usando el lenguaje convencional, que no alcanza a expresar las sutilezas –a veces inefables– de la experiencia espiritual, ni los a veces intrincados laberintos de las verdades teológicas. Sin embargo, una simple parábola, una anécdota, un ejemplo, una alegoría, una leyenda son capaces de explicar, en su aparente simplicidad, los misterios más in-

sondables y las verdades más elevadas. Por eso, todos los grandes maestros espirituales han hablado siempre “en parábolas”.

Por otra parte, una particularidad esencial de estas historias es que pueden ser comprendidas hasta por el más ignorante de los hombres, con lo cual la verdad se hace accesible a todos los públicos, algo imposible si se transmitiese por canales más elaborados, que sólo entenderían unos pocos.

Este nivel simbólico es, sin duda, el nivel más profundo al que se puede leer un cuento, aunque no siempre está presente. Gran parte de los cuentos tradicionales – incluyendo los “infantiles” – hunden sus raíces en mitos, leyendas y relatos donde afloran claramente símbolos y arquetipos que ilustran alegóricamente verdades espirituales, por lo cual pueden “traducirse” a un nivel “iniciático”, lo cual no equivale a afirmar que sus creadores los diseñaran con esta intención.

La mayoría de los cuentos son de origen anónimo, y se transmitieron en sus comienzos de forma oral, para acabar siendo recogidos en colecciones que traspasan las fronteras y los credos, que perviven en el tiempo y en culturas distintas, que se enraízan en el patrimonio cultural de diversos pueblos y civilizaciones, hasta que acaban transformándose en cuentos tradicionales donde todavía es posible descifrar su código simbólico, si se tiene la capacidad de leer intuitivamente entre líneas y se está en actitud despierta para captar su mensaje trascendente.

Recordemos, por ejemplo, el cuento de Pinocho, una historia infantil bien conocida en la que aparentemente es difícil ver un contenido simbólico. Pero traduzcámosla de esta manera: Gepetto es Dios Padre, que crea a Pi-



nocho (el hombre) como un muñeco de madera (la cual simboliza el barro de nuestra materialidad). Él quiere un niño de verdad, de carne y hueso (es decir, Dios desea que el hombre alcance su autorrealización espiritual y se convierta en hombre-Dios, es decir un ser perfecto, lo cual se consigue cuando el ser humano desarrolla la chispa divina que guarda en su interior). Pero las tentaciones y solicitudes del mundo tiran de Pinocho, que sufre una caída en los abismos, un descenso a los “infiernos”, del cual se libera porque es capaz de redimirse con una buena acción, entregando incluso su vida para salvar a su padre Gepetto.

Este sacrificio es el que da a Pinocho (el ser humano sometido a la materialidad de la “madera”) los méritos necesarios para que, por fin, pase a ser un ser humano de verdad. Esto quiere decir que, tras la odisea por este mundo material, el hombre desarrolla su naturaleza divina a través del sacrificio y la entrega a Dios.

Como vemos, la historia cuenta la aventura de la conciencia humana, el gigantesco proceso cósmico mediante el cual el alma humana adquiere la “iluminación”, el “despertar”. Resulta emocionante comprobar cómo, en tan breves líneas, y de una manera tan sencilla, este relato se convierte en una verdadera alegoría sobre el devenir cósmico de la conciencia humana, sobre la historia de la evolución. Todas las religiones y filosofías englobadas en la “tradición perenne” están condensadas en este sencillo cuento.

Partiendo de esta multiplicidad de niveles a la hora de leer un cuento, proponemos también unos recursos metodológicos para sacar el mejor partido de estas historias que presentamos. Por ejemplo, no es conveniente leer muchos cuentos a la vez, pues esto dificultaría su

asimilación, y haría que se entrecruzasen sus mensajes. Lo mejor es leer unos pocos cada día, y dejarlos ahí, acordándonos de ellos hasta que los sepamos de memoria, hasta que su mensaje salte en nuestra conciencia y nos transmita por sí solo su chispa de sabiduría.

Aconsejamos, asimismo, que se lean varias veces estos cuentos, pues cada vez que lo hagamos percibiremos nuevos niveles de interpretación, captaremos nuevos matices y mensajes, pareciendo incluso que la historia cambia a la vez que cambian nuestros estados anímicos y nuestras circunstancias vitales, convirtiéndose así en verdaderos caleidoscopios de nuestro estado interior, mudando su significado como muda el cielo o el paisaje según las estaciones.

Una última propiedad de los cuentos es lo que podríamos denominar su “función terapéutica”, consistente en un curioso fenómeno comprobado por nuestra experiencia: llegará el día en que, cuando tengamos un problema, una situación difícil que requiera una decisión complicada, algún cuento surgirá en nuestra memoria desde las profundidades del inconsciente, saltará en nuestra conciencia como un resplandor, transmitiéndonos una solución a nuestro dilema, ilustrándolo, hasta el punto que nos parecerá ser protagonistas de ese relato que ha aparecido de forma casi milagrosa, que tendremos la sensación de que el cuento se ha hecho para nosotros, que su enseñanza encaja perfectamente con nuestra situación vital. Éste es el punto en que el cuento se comprende verdaderamente, porque entonces lo estamos viviendo en nuestra carne, y de esta experiencia sale el verdadero conocimiento. Así, alcanzado este nivel experimental, los cuentos se encarnarán en nuestra vida, hasta el punto de que siempre tendremos

a mano un cuento para cada situación de nuestra vida, problemática o no.

Para terminar esta breve introducción, nos gustaría llamar la atención sobre un hecho sorprendente, hacia el que apunta claramente la intencionalidad de este libro: a pesar de que el uso de los cuentos como recurso de transmisión de conductas e ideas está presente en todas las tradiciones religiosas, llama notablemente la atención el hecho de que en la cultura occidental son mucho más conocidos los relatos de las tradiciones orientales que aquellos que pertenecen a la tradición cristiana. Destacan especialmente en este sentido la tradición zen del budismo, la corriente *hasídica* del judaísmo, la tradición *sufí* del islamismo, y los cuentos chinos taoístas.

Hasta tal punto llega la ignorancia en este sentido que, excepto las parábolas y relatos evangélicos y algunos cuentos de la tradición de los “Padres del Desierto”, los relatos cristianos son totalmente desconocidos, llegando a pensar los mismos cristianos que son inexistentes, por lo cual recurren a las tradiciones orientales siempre que precisan de un cuento o parábola para ilustrar un mensaje, aunque éste sea de carácter teológico.

Realmente no es sólo en este campo donde se da la búsqueda de lo exótico y lejano, donde está presente el fenómeno curioso de minusvalorar lo nuestro para sobrevalorar aquello que es extraño a nuestra cultura, pues también se recurre a las tradiciones orientales a la hora de buscar técnicas de oración, principios de meditación, caminos espirituales, etc. Es hora de decir ya que la tradición cristiana no tiene nada que envidiar a estas corrientes, y es tan válida como cualquier otra para ofrecernos una camino de desarrollo personal, con la parti-

cularidad de que éste camino está enraizado en nuestra cultura, forma parte de nuestros “genes”, por lo cual es mucho más comprensible y está más adaptado a nuestra “filosofía” de la vida.

Éste es el sentido profundo de la presente obra, cuya intención fundamental es conservar y transmitir el rico patrimonio de espiritualidad atesorado en los cuentos cristianos, para que esta divulgación saque de la oscuridad y el olvido una riqueza que corre el riesgo de perderse en estos tiempos, tan afectados de descreimiento, por un lado, y de “orientalismo”, por otro. En este sentido, esta obra tiene un horizonte que podríamos calificar de “ecológico”, conformando una especie de “arca de Noé” que pretende salvar para la posteridad el desconocido mundo de los cuentos cristianos.

Madrid, a 20 de junio de 2009

# I

## LOS POBRES DE ESPÍRITU

---

### 1.1. EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA

(Michel Zink, *Cuentos cristianos de la Edad Media*,  
Ed. Sígueme, Salamanca, 2000)

Érase una vez un juglar. Siempre en camino, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo. A veces lo acogían, exhibía sus habilidades, y ganaba unas monedas. Con más frecuencia, lo rechazaban, y continuaba su camino bajo la lluvia o el sol. Un camino interminable. Un camino que nunca le llevaría a su casa, porque no tenía casa.

Recordaba haber oído un día un sermón elocuente. El predicador hablaba del camino de la vida y decía que el caminante, que es el hombre, no ha de tomar el camino por patria ni la posada por casa. A él, que siempre estaba en camino, pobre juglar, esa tentación le afectaba más bien poco. Sabía de sobra que él no tenía ni patria ni casa. Sin embargo, sabía también que no por eso habría encontrado gracia a los ojos de aquel predicador.

Los juglares eran tenidos por criaturas del diablo, que incitaban al libertinaje y al vicio, que se burlaban de todo y de todos, que hacían reír malévolamente del prójimo, que adulaban a aquellos a cuyas expensas vivían hablando mal del prójimo y sembrando la cizaña. Ni en vida ni en muerte tenían sitio en la comunidad de los

cristianos. Estaban excomulgados y sus cuerpos no podían descansar en tierra sagrada. Sólo podían salvarse, se decía, los que narraban la vida de los príncipes y de los santos, porque así eran útiles y hacían méritos edificando e instruyendo a quienes los oían. Pero el juglar del que os estoy hablando no tenía ese notable talento. No tenía ni suficiente cabeza ni suficiente instrucción para recordar las canciones de gesta. Era un acróbata. Andaba con las manos, andaba sobre una maroma, daba volteretas y saltos peligrosos.

Pero desde que la oyera, la frase del predicador no dejaba de rondarle. Acompasaba sus pasos por el camino, como si el ruido regular de sus tacones y de su bastón la repitiera sin descanso. Daba vueltas en su cabeza por la noche cuando trataba de dormir, ya fuera en una zanja o en el rincón de un granero. Reflexionaba sobre ella, pero era difícil. No estaba muy acostumbrado a reflexionar, a no tomar el camino por patria, la posada por casa. Él consideraba que su propia vida era el camino. La posada era la instalación en este mundo, instalación provisional, pero que tranquiliza mucho creerla definitiva, por ejemplo la familia o la casa de los que tienen una familia y una casa. Él no tenía ni lo uno ni lo otro. ¿Por qué el largo camino que seguía no podía llevarle directamente a su verdadera patria y a su verdadera casa, la casa del Padre? Ahí estaba su verdadera, su única familia: Cristo, que acoge a los pequeños y a los pobres; la Virgen, madre de todos los hombres y que intercede por ellos. Lo sabía, lo creía. Él amaba a esa familia con toda el alma, pero... ¿no le habían dicho que el camino del juglar no lleva a esa casa?

El camino del juglar era el de las peregrinaciones. Iba de monasterio en monasterio, donde los hospederos

acogían a los peregrinos, con frecuencia dispuestos a encontrar en los juglares un entretenimiento para su santo viaje. Esos monasterios que eran como posadas en el camino, pero que también eran, al final del camino, como el umbral de la casa. ¡Quién pudiera pararse en uno de esos monasterios y prepararse para la última etapa, el último paso para entrar en la casa!

Y el juglar entró en un monasterio. Una abadía de monjes blancos lo acogió, de mala gana, como hermano lego. ¡Un juglar! ¿Era sincera su conversión?, ¿no buscaría un refugio para cuando fuese viejo? Pero lo acogieron. Le encargaron los trabajos más humildes: restregar sartenes y fregar platos en la cocina, arrancar las hierbas del jardín, barrer el refectorio. Se entregó a ello con celo y con alegría.

Un día estaba solo en la iglesia, y en el relente de la mañana limpiaba las baldosas con mucha agua. Arrastrando cubo y bayeta, llegó ante la imagen de Nuestra Señora y se detuvo para una breve oración. Quería ofrecer a la Virgen... ¿ofrecer qué?, ¿qué tenía él que ofrecer? ¡Los monjes de la abadía eran tan sabios, tan instruidos en la palabra de Dios! La estudiaban, la meditaban, la explicaban, la daban a conocer. Todos esos hermosos trabajos, todos esos santos esfuerzos podían ofrecerlos a Dios y a su madre. ¿Pero él, que no era nada, que no sabía nada? Él, que conservaba de sus orígenes la marca infamante del juglar.

Su mirada se posó en el niño que la Virgen, un poco arqueada, tenía en la cadera y al que sonreía. A los niños, lo recordaba bien, les encantaba verle dar sus volteretas. Quizá el niño divino disfrutaría también. Quizá su madre se sentiría feliz de que se las mostrara. Sus acrobacias era todo lo que sabía hacer, cuando menos esto sa-

bía hacerlo. Mejor ofrecerle esto, puesto que no tenía otra cosa que ofrecer.

Apartó el cubo, se arremangó el hábito y volvió a encontrar los gestos de antes. Los reencontró, hay que confesarlo, con placer. Atento, concentrado, los encadenaba, los repetía, volvía a hacerlos cuando, por falta de ejercicio, no le salían a la primera. Pasaba el tiempo sin que se diera cuenta.

Entró un monje sin hacer ruido. Oculto tras una columna, vio cómo el antiguo juglar daba sus volteretas en medio de la iglesia, a dos pasos del altar. Se indignó ante tamaño sacrilegio. Corrió en busca del abad para que lo viera. Disimulados en un rincón oscuro, asistieron al espectáculo. El monje, escandalizado, tiraba de la manga del abad y en voz baja le decía que pusiera fin a aquel espectáculo.

El abad, sin embargo, no se precipitaba. No es que no considerara culpable al juglar. Pero recordaba lo que había escrito su padre, San Bernardo, cuando comparaba a los monjes con los juglares: «¿Quién me concederá ser humillado ante los hombres? Hermoso ejercicio dar a los hombres un espectáculo ridículo, pero un espectáculo magnífico para los ángeles. Porque, en realidad, ¿qué impresión damos a los que pertenecen al mundo sino la de comediantes, cuando nos ven huir de lo que ellos buscan en este mundo y buscar aquello de lo que huyen, como los juglares y los acróbatas que, con la cabeza boca abajo y pies en el aire, hacen lo contrario de lo que es habitual entre los hombres, caminan con las manos y atraen así hacia ellos la atención de todos? Hacemos ese número para que se rían de nosotros, para que se burlen de nosotros mientras avergonzados esperamos que venga el que derriba del trono a los poderosos y enaltece a



los humildes, el cual será nuestro gozo, nos glorificará, nos exaltará por toda la eternidad».

Se serenó. Ciertamente, San Bernardo no quería que sus monjes fuesen juglares de verdad, cuando añadía: «No es un juego pueril, no es un número de teatro, que representa actos innobles, sino un número agradable, decente, serio, notable, cuya visión puede alegrar a los espectadores celestes». Un número pueril, una representación teatral, un número indecente: como esa exhibición de ese indigno hermano. Estaba decidido ya a poner fin a todo aquello y castigarle.

En ese mismo instante el hermano lego, agotado, se detuvo. Se sentó sobre las baldosas, con los ojos cerrados. Temblaba de fatiga y su rostro brillaba de sudor. Entonces la Virgen de piedra se inclinó, deslizó de su cabeza su velo tan leve y suave como la ropa más fina y, con gesto maternal, secó el rostro del juglar.

## 1.2. LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

En un pueblo había un hombre que era todo bondad y que dedicaba su tiempo a ayudar a los demás. Pero ocurre que ese hombre, que siempre vestía con una capa larga hasta los tobillos, llevaba debajo de esa prenda una enorme joroba.

Su aspecto era bello, pero aquella joroba lo transformaba en un ser deforme y casi toda la gente del lugar se burlaba de él, le palmeaban la giba entre risotadas y no lo tenían en cuenta para nada a pesar de que él tenía en cuenta a todos y a cada uno, preocupándose y ayudándolos. Algunos, incluso, si estaban de malhumor le arrojaban piedras porque no les gustaba tener cerca a alguien a quien veían como una especie de monstruo. «Por

algo será que Dios lo castigó de esa manera», decían algunos que, por supuesto, desconocían si existía ese “algo” a que hacían mención.

El hombre de la joroba, mientras tanto, bajaba la cabeza y jamás respondía a ninguna de las agresiones o los desprecios. Seguía yendo de un lado a otro del pueblo, bamboleando en cada paso el gran bulto que llevaba en su espalda, y ofreciéndose para lo que desearan.

Un chico solamente, uno de los chicos del pueblo, lo trataba con amor, le sonreía, hablaba con él y lo tomaba de la mano para acompañarlo en sus paseos.

Un día las gentes del pueblo parecieron ponerse de acuerdo para despertar de pésimo humor. Como este tipo de cosas se contagia, discutían entre ellos por pequeñeces, empujándose, mirándose con mala cara. De repente apareció, como siempre, el hombre de la capa y la joroba. Eso sólo les faltaba a los iracundos habitantes del lugar. Como en casos así los humanos, por su curiosa forma de actuar, buscan descargar sus iras en los más indefensos, el hombre de la joroba fue de inmediato el blanco elegido por todos. De las agresiones verbales, que fueron creciendo cada vez más y con mayor crueldad, pasaron casi enseguida al ataque físico.

Algunas piedras, al principio. Luego, con esa ira que es más ciega cuando es de muchos, comenzaron a armarse con palos y algunas herramientas y lo cercaron. Rodeándolo, se disponían ya a atacarlo cuando el chico se abrió paso entre todos y se puso junto a su amigo jorobado. Hubo un instante de duda. Y fue entonces cuando el niño les habló y les dijo:

—No pueden tocarlo. Gracias a él muchas desgracias que pudieron ocurrir en nuestro pueblo no ocurrieron,

muchos enemigos se amigaron, muchas familias siguen unidas, muchos hombres conservan sus trabajos y muchas mujeres a sus hijos. Nos trajo el bien y ustedes eligen ahora pagarle con el mal y él no puede hacer nada para evitarlo. Nunca me dijo quién es, pero yo lo sé...

Y, dicho esto, tomó la capa del deforme y la arrancó de un tirón. En ese momento quedaron al descubierto dos bellas y luminosas alas a las que todos, hasta entonces, habían confundido con una joroba. El ángel besó al niño en la frente y se fue en silencio, sin un reproche, caminando en medio de los hombres del pueblo que se abrían a su paso estupefactos, dejando caer sus armas y más de una lágrima, aun los más rudos...

### 1.3. EL NUEVO CIRENEO

(El cuento pertenece al libro de Alessandro Gnocchi y Mario Palmaro titulado *Don Camillo, il Vangelo dei semplici*, editado en italiano por la editorial Áncora Editrice)

El viejo Santiagón tenía una casa en las afueras del pueblo, con un banco de carpintero y un colchón de virutas en el que dormía. Comer no era problema, con un poco de pan y queso se las arreglaba; el problema era beber. Porque Santiagón acababa borracho todas las tardes. Una vez hizo un negocio excepcional, cuando murió la vieja que vivía en el primer piso de la casa de enfrente de la suya. La buena mujer le encargó que distribuyera todo lo que tenía entre sus nietos y sobrinos. Santiagón lo hizo, y al final sólo quedó un gran crucifijo de madera de casi metro y medio de altura.

—¿Y qué hacemos con eso?, —dijo uno de los herederos a Santiagón señalando el crucifijo.